

AIRES Y AZARES

Javier Lasarte Valcárcel
Universidad Simón Bolívar

Mi primer recuerdo de Cornejo Polar es de hace 20 años. En Madrid. Había terminado un enojoso proceso –no precisamente por asuntos de exigencia intelectual– en la Universidad Complutense y faltaban pocos días para regresar a Caracas. Por iniciativa propia, sin asesoría (y también porque me intimidaba el consistente saber de quien desde entonces fuera otra presencia importante en mi vida, Sonia Mattalía), leí mucho esos años; mucho, desordenada e inútilmente –gracias a decenas de estructuralistas. Todo lo he olvidado. Recuerdo en cambio, vivamente, un libro que vi en la librería de la Facultad el último día que fui a la Complutense. Trataba de la obra de José María Arguedas, y su autor me era hasta entonces totalmente desconocido.

Conocí a Cornejo Polar pocos meses después, cuando pasó temporada en Caracas, invitado como profesor de la UCV y como investigador del CELARG, el cual nucleara a parte importante de la renovación de la crítica literaria latinoamericana (y latinoamericanista) de los años 70. Tuve allí el privilegio de verlo funcionar en las intensas reuniones de los miércoles. Con finura única –¿peruana?– Antonio colaboraba cariñosamente en la carnicera actividad –usual en ese espacio– de discutir (y a veces destrozar) con justicia y sin piedad cuanto texto allí se presentara. En ese entonces no hice mayor relación con Antonio, pero ese año supuso para mí, gracias a Hugo Achugar, a Nelson Osorio y Antonio Cornejo, una revelación y un aprendizaje capital: una forma de leer y de plantarse ante el trabajo. Leer problematizando, y hacer de eso un ejercicio apasionado. Todo un detalle de sus partes.

A estos mínimos hechos, sigue una pequeña historia de azares. Volví a ver a Cornejo Polar en Madrid, en noviembre de 1983. Esperaba que se agotaran rápidamente los días que faltaban para la defensa de mi tesis doctoral y supe de una especie de simposio en el que intervendrían él y Angel Rama, a quien no conocía, a pesar de haber vivido por años en Caracas. Antonio me presentó a Rama justo la noche antes de su muerte. Intercambiamos dos

palabras: “mucho gusto”, y una disculpa: “me disculpás, pero parto mañana temprano”. (Sólo al día siguiente, en un tren que me llevaría a Santiago de Compostela para aliviar mi creciente angustia, comprendí, perplejo, los alcances tan rotundos de su ‘partir’, atravesado por una extrañísima, inusual, metálica niebla madrileña.) En noviembre de 1993, quise que un Simposio que organizara con Beatriz González fuera un homenaje a Rama, y que la conferencia inaugural la dictara, como para cerrar aquella escena, Antonio. Trece años después del encuentro en Madrid, otro noviembre, el de 1996, vi por última vez a Antonio en Berkeley. La historia de la escena de Rama, de alguna manera, se repetía, pues esos días los que allí estuvimos presenciábamos el inicio de un malestar del que ya nunca saldría.

Cuando supe que vería de nuevo a Cornejo Polar en Berkeley, sólo esperaba una cosa de él: revivir otro descubrimiento que había tenido lugar en el simposio del 93. Entonces me fue revelado que en la crítica literaria latinoamericana no ha habido ni habrá un más acabado humorista que Antonio. Quise simplemente, pues, revivir el placer de oír sus chistes —el de Mao Tse Tung y los uruguayos, el mejor de todos— o sus comentarios irónicos o sarcásticos, su contenida e incontenible risa contagiosa y pícara. Inmejorable signo de inteligencia. Y de rigor.

Otro tipo de recuerdo que quiero conservar activa y permanentemente es el de Cornejo Polar como modelo de un pensamiento crítico de acción constante y prolongada. He podido, como muchos, presenciar en persona la construcción firme y calma de su pensar, y, como muchos más, leerlo en sus textos. “Leer problematizando, y hacer de eso un ejercicio apasionado”. Recuerdo los años de la “agenda problemática” —tempranísimos 80—, los de la euforia, casi embriagada de militancia, en la que parecía que todo iba a ser posible, y no puedo evitar confrontarlos ahora con los del texto “Mestizaje e hibridez” (1998), los de las ilusiones perdidas, los del canto del cisne, los del “pesimismo”. Entre uno y otro texto han pasado casi 20 años que desmienten la letra del tango: pasaron muchas, demasiadas cosas. El naufragio de la agenda, entre otras (por ejemplo, el definitivo traslado del dominio, en el medio académico, al espacio norteamericano —incluso para lo que tiene que ver con la crítica literaria y cultural latinoamericana— como efecto de factores que inciden en ese hecho: la globalización del modelo estadounidense, el acopio irrestricto de intelectuales de la más diversa procedencia, la profundización de las crisis de nuestras economías, la crisis del latinoamericanismo en los discursos académicos, etc.; hoy EE.UU. es el centro legítimo de todo saber, como antes lo fue Francia). Y, sin embargo, de uno a otro texto de Cornejo Polar, registro el mismo espíritu ambiciosamente inquisitivo, la misma voluntad de desbrozar, de construir problemas y preguntas, de buscar la quinta pata del

gato, de hacer algo que cada vez se estila menos en esta domesticada y mercantilizada academia posmoderna: ponernos a parir por medio de la provocación intelectual.

Somos “un gremio que parec(e) haber perdido toda capacidad autocrítica y en el cual se (va) imponiendo una permisividad sin duda preocupante”, dice Cornejo Polar en “Mestizaje e hibridez”. Carezco de instrumentos y de experiencias suficientes como para discutir extensamente la proposición. Pero sí conozco lo que vivo y veo en mí y a mi alrededor. Antes de leer el texto de Cornejo había pensado algo sobre ello (les consta a Alicia, Mirla, Carmen, Gina), en medio del desconcierto en el que me reconozco.

Trabajamos problemas de exclusión (de “género” —qué difícil el ajuste al español y qué fácilmente lo hacemos— o de raza); hablamos de letrados o de nación; leemos lo que debe leerse (¿cómo no hacerlo?): Rama, García Canclini, Sommer, Bhabha, Bourdieu, Anderson, Hobsbawn, Chatterjee, Derrida; nos internacionalizamos y comentamos, no siempre con candor (aunque con cara de), nuestro avance en la cotización de la bolsa académica invariablemente estadounidense —invitaciones, publicaciones, relaciones. Lo hacemos; lo he hecho. Pero ¿cómo o por qué llegamos a ello? ¿Por qué o cómo o para qué leemos lo que leemos o trabajamos lo que trabajamos? Nos asumimos culturalistas o poscolonialistas (o anti-), sin preguntarnos si algo parecido no constituye la tradición de nuestros discursos culturalistas y críticos desde hace al menos un siglo. Hacemos caricaturas de todo lo que se aparta de lo políticamente correcto (imagen que construimos particularmente en los horarios y espacios de lo público-académico): los letrados y sus textos, manuales y prácticas sociales o sexuales. Dejamos atrás lo que antes se llamaba literatura y su canon, igual que damos por descontado que el latinoamericanismo es una pieza de panteón, sin plantearnos la menor problematización o ‘esponjeando’ la ya existente, sin vernos en el espejo y en situación.

No digo que esté mal lo que hacemos ni que haya que resistir nostálgicamente y esbozar el gesto de la vuelta restauradora al origen. Creo que es inevitable y necesario lo que ha ocurrido estos años, pero me queda de lo que veo —para empezar en mí— ese gusto a pose, a mercancía, a pereza, a vaselina.

Una vez más, Antonio —y me temo que no estás en ningún lado que no sea la escritura en el aire—, gracias.